



Nueve meditaciones sobre la Inmaculada Concepción

PRIMERA MEDITACION

MARÍA ES LA REINA DE LOS ÁNGELES

LA fe nos enseña que María fue concebida, sin la más leve mancha de pecado, y colmada, en el precioso momento de su Concepción, con la plenitud de gracias y dones del Espíritu Santo. Esta prerrogativa singular le ha merecido la corona inmarcesible de Reina de los Ángeles. María no fue hallada digna de ser el tabernáculo del Dios de las alturas, sino porque su alma era el espejo purísimo en que se miraba la augusta Trinidad. Por esto, fue predestinada á ser la Madre del Rey inmortal de los siglos, á quien se debe todo honor y toda gloria; del Rey de la eterna gloria, á cuya presencia se abrirán las puertas de la inmortal Sión. He aquí el título con que cuenta para ser la suprema Emperatriz, de los cielos, para ceñir sus sienes con la esplendente diadema de Reina de los espíritus celestiales. Sí: María excede en gloria á las jerarquías angélicas; entenebrece con sus fulgores el esplendor de los Angeles; tiene su asiento sobre las sedes de los Tronos; es-

tá más alta y encumbrada que las Dominaciones; es más ilustre y excelente que los Principados; debilita con su fortaleza el poder de las Potestades; es superior á las Virtudes, porque es Madre de la Virtud en persona; eclipsa con su mirada el brillo de los Querubines; enciende con su caridad el amor de los Serafines; es, por último, la mujer incomparable, á quien rinden homenaje los coros angélicos, diciéndola, llenos de alegría: “Dominanos Tú y tu Hijo por los siglos de los siglos”. Con razón, la vio David, como “una Reina sentada á la derecha de Dios, engalanada con un vestido de oro y adornada con variedad de colores”. María es, pues, la Reina de los ángeles y debe esta excelencia á su Concepción Inmaculada. Purísima María: alcánzanos una pureza angelical, y ruega por nosotros á ese Dios á quien sirven de hinojos millares de millares de ángeles.

SEGUNDA MEDITACION

MARÍA ES LA REINA DE LOS PATRIARCAS

El Apóstol San Pablo nos enseña que los Patriarcas de la antigua ley vivieron de la fe; esperaron firmemente en las promesas divinas; y saludaron, aunque en lontananza, el día de su libertad. Llega por fin la plenitud de los tiempos; el Libertador de los hombres nace al mundo de las entrañas de una Virgen; se consuma la obra de la redención; ábrense las puertas del cielo; y Jesús, acompañado de todos los justos, triunfante y glorioso, entra á disfrutar la herencia celestial. ¿Qué gozo tan puro inundaría el corazón de los Santos Patriarcas, al verse en posesión de una dicha plena y perpétua? Entonces, en el exceso de su alegría, reconocieron á la Virgen Santísima como á su reina y señora,

porque, á mérito de su Concepción Inmaculada, venció al Demonio; llamó á su seno al Verbo de Dios y fue la Madre del Mesías prometido. Desde ese momento, suspiraban por el instante feliz, en que pudieran ofrecerle sus homenajes, como á Hija purísima del Padre, Madre Santísima del Hijo y Esposa Castísima del Espíritu Santo. Cada uno tenía un título particular para alabarla y glorificarla. Adán reconoce en élla á la verdadera Eva, madre, según la gracia, de sus desgraciados hijos; Noé la admira como el arca misteriosa, que lleva en su seno la salvación del mundo, entre los horrores de un diluvio universal; Melquisedec la venera, como á la Madre del Supremo Sacerdote y Pontífice eterno; Abrahán se enternece, contemplando en María á la Madre del verdadero Isaac y se prosterna en su presencia, porque de élla ha nacido el Cordero de Dios, inmortal desde el principio del mundo; Jacob la bendice porque es la escala que conduce de la tierra al cielo; Moisés la ensalza, porque ha dado á luz al divino Legislador, del cual fue figura; y todos ellos la dicen llenos de entusiasmo: "Reina sobre nosotros, porque tu reinado es el reinado de la mansedumbre y de la justicia". ¡Purísima María! Ya estás en el cielo recibiendo los homenajes de los Patriarcas de la antigua ley. Tu Concepción Inmaculada es la fuente de tan singular gloria. Por ella te pedimos, pues, Madre nuestra, la intensa fe de los antiguos justos.

TERCERA MEDITACION

MARÍA ES LA REINA DE LOS PROFETAS

Según la sabia economía de la Providencia, están enlazados los dos Testamentos, de manera que el Nuevo no es sino la realización del Antiguo. Para eje-

cutar este plan de su infinita sabiduría, suscitó Dios Profetas en la ley antigua, que predijesen los principales sucesos de la ley nueva. La existencia de María es un hecho necesariamente ligado con la gran obra de la Redención; por esto, ha sido objeto de innumerables profecías. Isaías vio, entre las oscuridades de un misterioso porvenir, una Virgen que pariría un hijo; una vara prodigiosa que saldría de la raíz de Jesé; una tierra bendita, de cuyo seno brotaría el Salvador del mundo. Jeremías, proféticamente inspirado, escribió: "Dios ha hecho un nuevo prodigio sobre la tierra: una mujer rodeará al Varón"; como si dijera, he aquí una estupenda maravilla: una Virgen llevará en sus entrañas al Varón por excelencia, porque tiene la plenitud de la fuerza. María es la puerta cerrada de que nos habla Ezequiel, la cual no se abrirá, y ningún hombre pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado solo; es decir: la Virgen purísima que conservará intacta su virginidad, antes y después del parto. Daniel, varón de deseos, tuvo una visión y vio un monte del cual se desgajó una piedra, sin que nadie la moviese. María es el monte bendito del que fue cortada la piedra angular, Cristo Jesús, por la acción exclusiva del Espíritu Santo. Estas profecías se han realizado; y María, en quien han tenido cumplimiento, es saludada por la Iglesia: Reina de los Profetas. Nada más natural: los vaticinios de los Profetas referentes al Mesías estaban en suspenso hasta que María consintiese en la encarnación del Verbo: su palabra era indispensable para que tuvieran realidad. ¡Oh Virgen Santísima! Tú también profetizaste que te llamarían bienaventurada todas las generaciones: cumpliendo estamos esta predicción consoladora, hoy que honramos tu Concepción Inmaculada y te proclamamos Reina de los Profetas. ¿Qué Profeta puede excederte en inteligencia? Ellos penetraron el porvenir, porque servían á un designio de

la Providencia. Desde entonces cantaban tus alabanzas y publicaban tu gloria. Tu entendimiento, porque no sintió las influencias del pecado, fue superior al de todos ellos, débil y miserable por la culpa original. ¡Oh María, Madre mía! Por esta nueva excelencia que te ha merecido tu Concepción Inmaculada, alcánzanos la gracia de tener fijos la mirada y el corazón en la Patria celestial.

CUARTA MEDITACION

MARÍA ES LA REINA DE LOS APÓSTOLES

El establecimiento y propagación del reinado de Jesucristo es un hecho extraordinario y verdaderamente divino. Dios quiso herirnos con un vivo contraste, para que admiráramos su obra; por esto, el Verbo se hizo hombre: doce pescadores van á predicar á los reyes la ley del crucificado y no se confunden; las riquezas, los placeres y los honores ceden el puesto á la pobreza, á la mortificación y al desprecio de sí mismo. ¡Glorificada sea para siempre la infinita Sabiduría, que supo elegir á los más despreciables para confundir á los más fuertes! Mas ¿qué parte ha tenido María en la fundación y progreso de la Iglesia? ¿Por qué ciñe la gloriosa corona de Reina de los Apóstoles? Nuestro Señor Jesucristo, al retirarse de este mundo para ir á su Padre, la dejó en la tierra, para que sirviera de escudo y protección á la Iglesia naciente. Reunida con los Apóstoles, recibió el Espíritu Santo, y desde entonees, sólo se ocupó de ilustrar sus entendimientos, de levantar sus abatidos espíritus y de consolarlos en sus trabajos. Rogaba á Dios que extendiese y arraigase la religión de su Hijo; y sus ruegos fundaban la predicación evangélica,

de un modo prodigioso. ¿Quién podrá medir los bienes que reportó el Cristianismo de la influencia de María? Sólo Dios lo sabe; pero lo que nosotros conocemos es bastante para no dudar de su importante misión en el establecimiento de la Iglesia. Ni podía ser de otro modo. La Iglesia tenía por objeto destruir el reinado de Satanás y el imperio del pecado; y la Santísima Virgen quebrantó la cabeza de la serpiente infernal, en el precioso momento de su Concepción Inmaculada. Su presencia en la Iglesia era, por esto mismo, la garantía más segura contra las potestades del abismo. He aquí el título que tiene para que la honremos y glorifiquemos, como Reina de los Apóstoles. El Evangelista san Juan escribe en su Apocalipsis, que apareció en el cielo un gran prodigio: una mujer revestida por el Sol, que tenía la Luna debajo de sus pies y en su cabeza una corona de doce estrellas. Esa mujer admirable es María, cubierta con los vívidos resplandores del Sol de justicia; levantada sobre todo lo mudable y perecedero, simbolizado en la luna que huella con sus plantas; coronada con las doce estrellas que lucen en el firmamento de la Iglesia! ¡Oh, qué gloria para María tener por corona el Apostolado de Jesús! ¡Virgen Inmaculada! tu pureza original es el principio de todas tus grandezas; por élla te pido que me alcances de tu divino Hijo un celo ardiente por la gloria de tu nombre.

QUINTA MEDITACIÓN

MARÍA ES LA REINA DE LOS MÁRTIRES

La Escritura nos enseña que Salomón, después de haberse sentado en su trono, hizo colocar otro junto al suyo, é hizo sentar en él, á su derecha á Betsabé, su madre. Esta es una verdadera figura del Rey de dolo-

res Cristo Jesús y de la Reina de los mártires, María Inmaculada. "Salid y ved, hijas de Sión, dice el libro de los Cantares, al Rey Salomón, ciñendo la diadema con que lo coronó su madre, en el día de su desposorio y de la alegría de su corazón". Si: Nuestro Señor Jesucristo es el verdadero Dios, que tiene por trono un madero ignominioso, según la profecía de David; es el Rey Salomón coronado de espinas por la pérfida Sinagoga, su madre desnaturalizada, en el día de su místico enlace con la Iglesia y de los consuelos inefables de su corazón. Pero Jesús no podía estar solo en el trono de los dolores; quiso que participara de ellos la dulce María. Oigamos sus lamentos, y tendremos una débil muestra de su intenso dolor. "¡Oh vosotros, los que pasais por el camino, contempladme: una espada agudísima traspasa mi corazón maternal: los sufrimientos de Jesús, mi Hijo, me angustian y oprimen el corazón: mi dolor es tan profundo como el Océano: yo soy un lirio purísimo, cercado de crueles y punzantes espinas; ¿qué madre amaré á su hijo con la pureza é intensidad con que yo amo al fruto precioso de mis entrañas? Ved, pues, si habrá dolor semejante á mi dolor". Si comparamos los sufrimientos de los Mártires y los dolores de María, descubriremos su inmensa diferencia. En efecto, los Mártires padecieron tormentos corporales; María sufre un tormento espiritual; la cuchilla, el potro y el fuego, fueron los instrumentos del martirio de los cristianos; la causa de los tormentos de María fue su propio Hijo crucificado y moribundo; los Mártires, hijos de pecado y pecadores, ofrecen en sacrificio una víctima manchada; el sacrificio de María es purísimo, porque ha sido concebida sin la culpa original; y, ¿quién no ve, en estas diferencias, un motivo más que suficiente, para llamar á María Reina de los Mártires? Saludémosla, pues, en adelante, con este título que tanto la complace;agradézcamosle sus do-

lores, que tanto bien nos han producido; esforcémonos en seguir sus huellas marcadas de ignominia, para ser glorificados, con ella, por siempre jamás.

SEXTA MEDITACIÓN

MARÍA ES LA REINA DE LOS CONFESORES

Nuestro Señor Jesucristo nos dice en su Evangelio: "Todo el que me confesare delante de los hombres será confesado por Mí delante de mi Padre celestial; y si alguno se avergonzare de Mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre, cuando viniere en su demanda". Estas palabras contienen una promesa magnífica y una amenaza terrible; de la primera se han hecho dignos los ilustres confesores de la fe cristiana; la segunda ha recaído sobre los que, teniendo en más el juicio del hombre que el juicio del Dios, han ocultado su fe y su piedad, como el siervo del Evangelio, su valioso tesoro, Veamos los atributos que distinguen á un confesor de la fe. El divino Salvador dijo á sus discípulos: "Haced que brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos," como si les dijera: no ocultéis en vuestro corazón la luz de vuestra fe; muy al contrario, hacedla brillar en presencia de los hombres; practicad buenas obras, para que se ejemplaricen vuestros prójimos y glorifiquen al Padre celestial. Según esta enseñanza, lo que caracteriza á un confesor de la fe es la franca profesión de la doctrina evangélica y la práctica exterior de las virtudes cristianas. En María Inmaculada, han brillado estos caracteres de un modo excelente, y es, por esto, la Reina de los confesores. Durante el curso de su vida mortal, creyó en su divino Hijo hasta el punto de seguirle, entre las afrentas de un vil populacho, y de verle morir, entre los in-

sultos y escarnios de sus propios verdugos. Todos los Apóstoles abandonan á Jesús en su dolorosa Pasión; uno de ellos le niega y desconoce y los demás huyen, llenos de terror. Sólo su amado discípulo y su purísima Madre le acompañan en sus tormentos, en sus agonías y en su muerte; sólo ellos testifican la Divinidad de Jesucristo, entre las ignominias de la cruz, y adoran en su corazón, al que es objeto de mofa y desprecio. María, pues, ha confesado á Jesucristo, con ánimo esforzado y heroico valor. Pero, también, ha glorificado á Dios Padre con la práctica de las buenas obras. Habiendo sido concebida sin mancha de pecado, fue santificada por el Espíritu divino, en vista de los méritos de Jesús su Hijo. Su purísimo corazón era un huerto preciosísimo, en donde germinaron las flores de todas las virtudes; por esto, las practicó en grado tan sublime siendo un espectáculo encantador para Dios, para los ángeles y para los hombres. ¡Oh Virgen fidelísima, Reina de los confesores! Haz que confesemos con valor la fe que profesamos, aunque hayamos de sufrir los tormentos y la muerte.

SETIMA MEDITACIÓN

MARÍA ES LA REINA DE LAS VÍRGENES

Leemos en el libro de los Jueces que Jefeé prometió á Dios el sacrificio de su hija única, aún doncella; y que ésta, conformándose de buen grado con ser ofrecida al Señor, solicitó de su padre el permiso de ir por los montes, en unión de sus compañeras, á fin de llorar en el desierto la desgracia de morir virgen. Este pasaje manifiesta que, en la antigua ley, la virginidad era una nota de oprobio para la mujer; y la razón de esto se encuentra en que no podía tener por descendiente al

Mesías prometido. María fue la primera que, libre y espontáneamente, hizo á Dios voto de castidad perfecta; se creía indigna de ser la Madre del Salvador de Israel; y prefirió ofrecerse en holocausto á su Dios y Señor. Ella fundó la escuela de la virginidad y es, por esto, la Reina de las Vírgenes. La virginidad de María, fue perfectísima, porque ofreció á Dios una alma limpia hasta del pecado de origen y un cuerpo purísimo, digno templo del Espíritu divino; las otras vírgenes son menos gratas á los divinos ojos, porque la víctima que ofrecen es menos pura. La virginidad es infecunda por su propia naturaleza; sólo la virginidad de María debía ser prodigiosamente fecunda. En el Antiguo Testamento, estaba profetizado que una virgen concebiría y pariría un hijo. María es esa mujer extraordinaria que ha reunido en su persona los encantos de la virginidad y la gloria de la maternidad: es Virgen y la Reina de todas las vírgenes; es Madre y la más excelente de todas las madres: su virginidad es perfectísima y su maternidad divina. El Verbo eterno no quiso que careciese de ninguna de las excelencias de la mujer; por esto, tiene la palma de Virgen, el anillo de Esposa y la aureola de Madre. ¡Inmaculada María! Tu Hijo Jesús es el guía y modelo de la virginidad; las vírgenes forman el séquito del Cordero sin mancha, doquiera que fuere; y Tú eres Virgen Madre de este Cordero inmaculado. A Ti, pues, acudimos, purísima María, para que nos concedas la castidad del corazón.

OCTAVA MEDITACIÓN

MARÍA ES LA REINA DE TODOS LOS SANTOS

El Profeta David, cantando las glorias de Jerusa-

lén, dice: “sus cimientos están sobre los montes santos”. Esta figura es aplicable á María, mística ciudad, en donde tiene su tabernáculo el Dios tres veces Santo, edificada sobre los montes santos, porque su santidad excede, y con mucho, á la de todos los justos. El profeta Miqueas nos enseña que la “casa de Dios será un monte fundado sobre la cima de los montes y ensalzado sobre los collados”. María es ese monte de encumbrada perfección, allí habita la Majestad del Excelso; los collados se humillan en su presencia. Ella es la personificación de la santidad creada, la Reina y Soberana de todos los santos. Así lo declara el Apóstol san Pablo, cuando dice; “Una es la claridad del Sol, otra la de la Luna y otra la de las estrellas; mas una estrella difiere de otra por la claridad”, lo cual significa que, en el firmamento de la santidad, hay diversos luminares: en primer lugar, el Sol de Justicia, Cristo Jesús, fuente y principio de toda Santidad, que baña con sus fulgores la inmensidad de los espacios, sin que nada pueda esconderse á su benéfica acción; luego María, Luna hermosa, colocada junto al Sol y cuyo brillo excede al de los otros astros; y, por último, los Santos, estrellas lucientes en diverso grado, según sus merecimientos. Pero ¿Porqué causa es María más santa y perfecta que todos los santos? Porqué destinándola Dios para Madre de su Unigénito, no sólo la eximió de la culpa original, sino que la previno, con todas las bendiciones de su dulzura, y la colmó de singularísimos dones y especialísimas gracias. Dios Padre, la quiso para Hija, Dios Hijo la quiso para Madre, Dios Espíritu Santo la quiso para Esposa, y todos los santos la proclamaron su augusta Reina y Señora. El día de su coronación en el cielo fue un día de gozo inefable para la corte celestial. ¡Purísima María! Tu eres la rosa mística en el vergel de la santidad; la fragancia que despides embriaga de placer al cielo y á la tierra; tus matizados

colores encantan la mirada de Dios; tus hojas no se marchitan, porque siempre las vivifican el rocío de la gracia y los apacibles rayos del Sol. ¡Virgen Inmaculada! Ruégale á tu Hijo que nos haga santos, á fin de cantar sus alabanzas y las tuyas, en la patria celestial.

NOVENA MEDITACIÓN

MARÍA ES LA REINA CONCEBIDA SIN PECADO

María Inmaculada es una verdadera Reina y la más excelente de todas las reinas, por su concepción inmaculada. La nobleza de su origen es indisputable: pertenece á la tribu de Judá y es hija de David; su linaje es el mismo de los reyes y pontífices. Es Reina por la unción, porque Dios la ha ungido con el óleo de la alegría, derramando sobre ella todas las gracias del Santo Espíritu; también lo es por la coronación. Su divino Esposo la ha dicho: “Ven del Líbano, Esposa mía, ven, y serás coronada”, y ha puesto en su cabeza la diadema del reino y la corona de la gloria. Es Reina por dignidad, porque participa con su Hijo del Reino celestial y recibe los homenajes de los escogidos, aunque tuvo á honra el llamarse la esclava del Señor. Su largueza es verdaderamente real: con ella están la gloria y las riquezas”; por eso las reparte á manos llenas á sus fieles siervos. Es Reina por la potestad: que lo digan los pecadores, que han sentido la influencia de su poder; que lo digan los justos, á quienes ha libertado de tantos peligros; que lo diga Satanás, humillado bajo sus plantas. María es, pues, la augusta Reina del universo, porque puede decir con su divino Hijo: “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”. Ninguna reina puede equipararse en gloria con María. El reinado de las hijas de los hombres es terrenal, pe-

recedero y aflictivo; el reinado de María espiritual, eterno y glorioso; las reinas de la tierra empañan con sus miserias el escaso brillo de sus diademas: María realza con su exquisita pureza al radioso esplendor de su corona; las primeras sostienen un brazo de barro el cetro de su mezquino territorio; la segunda empuña con robusta mano el cetro del cielo, la tierra y los abismos; en una palabra, éllas fueron concebidas en pecado y son hijas del pecado, en tanto que María fue concebida sin pecado original y es la madre de la divina gracia. ¡Dulcísima María! reina en nuestros corazones con entera libertad. Las dulzuras que se experimentan en tu servicio son inefables. Hubo un tiempo en que fuimos esclavos del Demonio, mas ya queremos ser tus humildes siervos. No ignoro, Virgen Santa, que, para ser tu vasallo, es indispensable tener puro el corazón, porque los siervos de una Reina Inmaculada no deben estar manchados; otórgame, pues, la gracia de llorar mis pecados, para purificar mi alma.



El Mes de María (1)

I

MEDITACIÓN SOBRE LA VANIDAD DEL MUNDO

PUNTO I.—Considera que todo en el mundo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. ¿Qué es lo que el mundo te brinda? Riquezas que desprenden el corazón del cielo y lo adhieren á la tierra, honores que engendran la soberbia y son pábulo de la ambición; placeres que se disipan como el humo, apenas se han gustado. Veloces pasan los días de nuestra vida, y al acercarse la muerte sólo queda honda amargura y cruel remordimiento. ¡Ay de ti pecador, que vives entregado á las cosas de la tierra! ¿Ignoras acaso que

(1) La celebración del Mes de María data en Lima desde principios de la segunda mitad del siglo XIX. Fue su fundador el presbítero doctor don Luis Guzmán, y cooperó grandemente á esta obra el señor don Bernardo Roca Garzón. Monseñor Tovar, diácono todavía en 1864, compuso las *Meditaciones* que aquí se insertan, colaborando con el señor don Ignacio Roca y Boloña, en la formación del opúsculo titulado *Ejercicio del Mes de María*, cuya recitación anual forma el encanto de los devotos de la Santísima Virgen.